



CAPÍTULO XV

Reinado de D. Ordoño.

Hechas que fueron las exequias con grande solemnidad del rey D. Ramiro, su hijo don Ordoño tomó las insignias reales y con ellas el nombre, poder y pensamientos de rey. Fué de condicion manso y tratable, sus costumbres muy suaves, y por toda la vida en todas sus acciones usó de singular modestia, con que ganó las voluntades de la nobleza, del pueblo, y los ánimos de todos se los aficionó de manera, que ninguno de los reyes fué más agradable en aquella edad y en los años siguientes. Gran celador de la justicia; virtud necesaria, pero sujeta á engaño en los grandes príncipes si no rigen con prudencia el ímpetu del ánimo, y procuran no ser engañados por las astucias de hombres malos, de que hay gran muchedumbre en las casas y palacios reales, que suelen armar lazos á sus orejas y dar traspíe á la inocencia de los buenos; ca para engordar á sí y á los suyos con la sangre de los otros se aprovechan de lo que ven con el príncipe tiene más fuerza, para daño de muchos, como sucedió en el rey D. Ordoño.

Cuatro esclavos de la iglesia compostelana acusaron delante del rey de un caso muy feo á su obispo Ataulfo, persona de grande y de conocida santidad. La historia compostellana dice que le acusaron del pecado nefando.

Fué citado y hecho venir á la córte para responder por sí. Antes que fuese al palacio real, dijo misa, y vestido de pontifical como estaba se fué á ver con el rey. Lo que le debiera reprimir y ponelle temor, le alteró más ó por haber dado crédito á los acusadores, ó por estar disgustado por no venir luégo el obispo á su presencia, y por el hábito y traje que traía; mandó soltar un toro bravo, azorado con perros y con garrochas contra dicho prelado, lo cual era injusto condenar á ninguno sin oír primero sus descargos. En tan gran peligro, Ataulfo armóse de la señal de la cruz: ¡cosa maravillosa! el toro, dejada la braveza, allegóse á él con la cabeza baja, dejóse tocar los cuernos, que, con gran espanto de los que lo veían se le quedaron en las manos. El rey y nobles, desengañados por aquel milagro, y enterados de su inocencia, echáronse á los piés para pedirle perdon; dióle él de buena gana, diciendo que nunca Dios quisiese que pues habia recobrado su dignidad y librádose de la afrenta, y pues el buen nombre que injustamente le habian quitado le era restituido, que él hiciese en algun tiempo por donde se mostrase olvidado del oficio de cristiano, y de la virtud del ánimo y de la paciencia, que nunca perdiera. Quién dice que descolmulgó á los

que le acusaron: lo que se averigua es que librado de aquel peligro renunció el obispado y se retiró á las Astúrias, en que vivió en soledad largo tiempo santísimamente. Los cuernos del toro colgaron del techo de la iglesia de Oviedo, do estuvieron muchos años para memoria y testimonio de aquel caso tan señalado. Esto sucedió al principio del reinado de D. Ordoño.

El año segundo, uno llamado Muza, que era del linaje de los godos, pero de profesion moro, persona muy ejercitada en las cosas de la guerra, despertó contra sí las armas de cristianos y moros, á causa que públicamente se levantó contra el rey de Córdoba, su señor, y con una presteza increíble se apoderó de Toledo, Zaragoza, Huesca, Valencia y Tudela. Tras esto corrió las tierras de Francia, en que cautivó dos capitanes franceses que le salieron al encuentro. Con esto puso tan grande espanto en aquella tierra, que el rey de Francia Carlos Calvo acordó de granjearle con presentes que le envió. Ensoberbecido él con esta prosperidad, y olvidado de la inconstancia de las cosas humanas, revolvió contra el rey don Ordoño, con quien y con el de Córdoba se contaba y publicaba por tercero rey de España. Rompió por la Rioja, donde quitó á los cristianos á Albelda y la fortificó muy bien. El *Cronicon* del rey D. Alonso dice que la edificó y la llamó Albayda. D. Ordoño, movido por este atrevimiento, juntó sus huestes: una parte puso sobre aquella plaza, con los demas fué en busca del enemigo, de quien tenía aviso que estaba alojado en el monte Laturso. Llegados que fueron á verse, arremetieron los unos y los otros con gran denuedo y gritería. Tirados los dardos y saetas vinieron á las espadas. Los fieles, con su acostumbrado esfuerzo, pelearon valientemente por la patria y por la religion. Duró mucho el combate, pero al fin quedó el campo por los cristianos; murieron diez mil moros, y entre ellos los más señalados por sus hazañas y nobleza, en particular un yerno del mismo tirano, llamado García. Muza, á penas se escapó con muchas heridas, de las cuales entiendo murió. Los despojos muy ricos de los moros y sus reales vinieron en poder de los nuestros.

En el mismo tiempo Mahomad, rey de Córdoba, asimismo se apercibía contra el enemigo comun. Parecióle acometer en primer lugar la ciudad de Toledo por ser su sitio muy fuerte, y porque con ser la primera, al levantarse dió ejemplo y ocasion á las otras ciudades para que hiciesen lo mismo. Hallábase en aquella ciudad Lobo, hijo de Muza, por mandado de su padre, el cual, avisado del estrago que los suyos recibieron cerca de Albelda, y con miedo de mayor daño, hizo confederacion con el rey D. Ordoño para valerse de sus fuerzas. Envióle el rey muchos asturianos y navarros en socorro, y por caudillo á D. García su hermano. Mahomad, desconfiado de las fuerzas, acordó usar de maña. Tenía sus reales no léjos de la ciudad: paró una celada en Guadacelete, que es un arroyo cerca de Villaminaya, y era á propósito para su intento. Hecho esto, él mismo, con pequeño número de soldados dió vista á la ciudad de Toledo. Los de dentro, engañados por el pequeño número de los contrarios, salieron contra ellos á gran priesa sin orden y sin recato, como si fueran á la presa y no á pelear. Con aquel ímpetu cayeron en la celada: con que apretados por frente y por las espaldas, con pérdida de mucha gente, los demas cerrados abrieron camino para la ciudad por medio de los enemigos. Doce mil moros y ocho mil cristianos perecieron en aquel encuentro. La fortaleza del sitio valió para que la ciudad, atemorizada por aquella desgracia, no viniese en poder del vencedor.

El año siguiente y el tercero talaron los campos de Toledo con entradas que los enemigos hicieron, quemaron las mieses y frutos todos. Los de Toledo, con deseo de vengarse, pasaron hasta Talavera, pero fueron maltratados por el que tenía el gobierno de aquel pueblo, y forzados con daño á dar la vuelta. En fin, cansados con tantas desgracias se rindieron á Mahomad el año de nuestra salvacion de ochocientos cincuenta y siete. En el cual año los normandos, conforme á su costumbre, con una armada de sesenta naves corrieron todas las marinas de España, por cuanto se extienden al uno y al otro mar.

En particular pusieron á fuego y á sangre



las islas de Mallorca y Menorca, enojados principalmente contra los moros, porque con el trato que ellos tenían con los cristianos, estaban aficionados á nuestra religion. Las casas, templos, campos, fueron con ordinarios robos saqueados: pasaron asimismo á África en que hicieron no menores daños: En España, Mahomad hizo entrada contra los navarros por la parte do está situada Pamplona, y contra aquella provincia de Vizcaya que sellama Álava; no sucedió cosa que de contar sea. En Extremadura, Mérida se rebeló contra el mismo rey de Córdoba, y en castigo fué por su mandado desmantelada.

Entre tanto que esto pasaba, D. Ordoño, vuelto su ánimo á las artes de la paz, reedificaba las ciudades por la injuria de los tiempos pasados y de las guerras desiertas y asoladas, sin perdonar á ningun gasto ni cuidado. Éstas fueron Tuy, Astorga, Leon, Amaya, que el cronicon del rey D. Alonso llama Amagia Patricia. La gente de los moros, despues de las alteraciones pasadas y guerras civiles, comenzaba á estar dividida en bandos, tanto que algunos gobernadores de las ciudades, queriendo más gobernar en su nombre como señores, que en el ajeno como vireyes, tomaban ocasion de rebelarse, y á cada paso se llamaban reyes. Era esto muy á propósito para los cristianos, porque los contrarios, enflaquecidas sus fuerzas y divididos entre sí, por partes se podian sobrepujar; que si estuvieran unidos, se defendieran de cualquier agravio. Reith estaba apoderado de Coria; de Talamanca (otros dicen Salamanca) Mozaro: ambos fueron vencidos por D. Ordoño y sus ciudades ganadas; los soldados que dentro hallaron todos muertos: los demas, varones, mujeres y mozos, vendidos por esclavos.

Estos principios y medios de cosas tan grandes desbarató la muerte del rey, que le sobrevino el año oncenno de su reinado, quien añade á este número seis años. Falleció en Oviedo de gota, mal á que era sujeto. Fué allí sepultado en la iglesia de Santa María, enterramiento en aquel tiempo de los reyes. Grande prosperidad tuvo este rey en sus cosas; sólo se le aguló con la rota que los suyos recibieron en Toledo, que parece fué en castigo del pecado que cometió

en perseguir sin propósito al santo varon Ataulfo. De su mujer Munia, hembra de alto linaje dejó á D. Alonso, que fué su hijo mayor, y á D. Bermudo, D. Nuño, D. Odoario y D. Fruela. Algunos dicen que falleció á veintisiete de Mayo; en el año no hay duda, sino que fué el de ochocientos setenta y dos, como se muestra por el letrero de una Cruz que presentó el rey D. Alonso, su hijo, de grande primor y hermosura al templo de Oviedo; que vuelto de latin en romance, dice así:

RECEBIDO SEA ESTE DON CON AGRADO
EN HONRA DE DIOS, QUE HICIERON EL
PRINCIPE ALONSO SIERVO DE CHRISTO Y
SU MUGER XIMENA. QUALQUIERA QUE
PRESUMIERE QUITAR ESTOS NUESTROS
DONES, PEREZCA CON EL RAYO DE DIOS.
CON ESTA SEÑAL ES DEFENDIDO EL PIA-
DOSO, CON ESTA SEÑAL SE VENDE EL
ENEMIGO. ESTA OBRA SE ACABO Y EN-
TREGO A SAN SALVADOR DE LA CATHE-
DRAL DE OVIEDO. HIZOSE EN EL CASTI-
LLO GAUZON EL AÑO DE NUESTRO REY-
NO DIEZ Y SIETE, CORRIENDO LA ERA
NOVECIENTOS Y DIEZ Y SEIS.

Desto se ve que el año ochocientos setenta y ocho era el diez y siete despues de la muerte de D. Ordoño. El mismo D. Alonso estando en Compostella confirmó un privilegio de su padre con otro en que extiende el territorio de Santiago, que ántes era de tres millas en rueda á seis. Su data en la era denovecientos, que fué el año de Cristo de ochocientos sesenta y dos; pero pasemos á las cosas del rey D. Alonso.

Don Alonso, á quien por las grandes partes y prendas que tenía de cuerpo y de ánima, y los esclarecidos triunfos que ganó de sus enemigos, dieron sobrenombre de Magno, luégo que tuvo aviso de la muerte de su padre, ca no se halló á ella presente, sin poner dilacion se partió para Oviedo, ciudad real en aquel tiempo, con intento de hacer las honras al difunto y tomar la posesion del reino, que además de pertenecerle por derecho, por ser el mayor de sus hermanos, todos los Estados y brazos se le ofrecian con gran voluntad, sin embargo de su pequeña edad, que apenas tenía



catorce años, número de que otros quitan no ménos que cuatro años. Yo sospechaba por lo que sucedió adelante, que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que era de mayor edad cuando entró en el reino. En el buen natural que tuvo se igualó á sus antepasados, y áun se la ganó á los más: era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura, la suavidad de sus costumbres muy grande. Su clemencia, su valor, su mansedumbre sin par. Señalóse en las cosas de la guerra, y no ménos fué liberal con los pobres, y que estaban apretados de alguna necesidad. Ca los tesoros, así los que él ganó como los que le dejó su padre, no los empleaba en sus gustos sino en ayudar las necesidades: virtud que hace á los principes muy amables, y su fama vuela por todas partes. Aumentó otrosí el culto divino, en particular la iglesia de Santiago, que era de tapiería, la edificó desde los cimientos de sillares con columnas de mármol; cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa, por su poco primor y mucha grosería, y por la falta de dineros. Reinó cuarenta y ocho años, como lo dice Sampyro Asturicense.

En el principio padeció algunas tormentas. D. Fruela, hijo del rey D. Bermudo, era conde de Galicia, poderoso en riquezas y aliados; y como persona de sangre real por ventura pretendia pertenecerle la corona, ó por menosprecio que tenía del nuevo rey, se llamó rey en Galicia. D. Alonso, por hallarse flaco de fuerzas y desapercibido, acordó de dar lugar al tiempo, y retirarse á aquella parte de Vizcaya, que así ahora como entónces se llamaba Álava, dado que era más ancha que al presente. Pero como el tirano no enderezase el poder que tomara, al pro y bien comun, sino pretendiese oprimir á sus vasallos, fué muerto por conjuracion de los ciudadanos de Oviedo. Acudió luégo D. Alonso á las Astúrias, donde fué recibido con gran voluntad de los naturales. Sosegó y ordenó las cosas del reino, y castigó á los culpados. La parte de Vizcaya que en aquel tiempo se llamaba Álava estaba sujeta á los reyes de Oviedo; lo demas tenía por señor á Zenon, príncipe del linaje de Budon, duque que fué de Aquitania. Eylon, pariente de Zenon, tenía por el rey el gobierno de Álava:

éste, confiado en la revuelta del reino, ó en la ayuda de Zenon, se levantó contra el rey, que en persona acudió á sosegar aquellas alteraciones desde Leon. Apaciguó en breve y sin sangre aquella provincia: prendió al mismo Eylon y le envió á Oviedo, y le tuvo hasta que falleció en la cárcel. No mucho despues venció en batalla al mismo Zenon, señor de Vizcaya, y preso le puso en la misma cárcel, porque con deseo de novedades tambien se alterara. De este Zenon refieren que quedaron dos hijas, la una se llamó Toda, que fué mujer de Iñigo Arista, rey de Navarra; la otra Iñiga dicen que casó con Zuria, que adelante fué señor de Vizcaya, de cuya sangre algunos pretenden que descendian los señores de aquella tierra ántes que Vizcaya se incorporase en la corona real de Castilla. Con el castigo destos dos los demas tomaron aviso que no debian menospreciar al rey ni su saña, y que la traicion es dañosa á los mismos que la hacen. Despues desto Álava fué dada á un hombre principal llamado el conde Vigila ó Vela. El señorío de Castilla poseia el conde D. Diego Porcellos. Todo esto sucedió el primer año del reinado de D. Alonso.

En el siguiente cargó más el temporal, porque Imundaro y Alcama, capitanes moros, se pusieron sobre la ciudad de Leon; pero el rey les forzó á alzar el cerco y dar la vuelta con grande estrago que en sus gentes hizo. Juntamente con deseo de fortificarse y de vengarse de los moros, hizo liga con los navarros y franceses; y para que el asiento fuese más firme, casó con una señora del linaje de los reyes de Francia, llamada entónces Amelina, y despues doña Jimena. Deste matrimonio nacieron D. García, D. Ordoño y D. Fruela, que fueron consecutivamente reyes, y tambien don Gonzalo, que al tanto fué arcediano de Oviedo. Las alteraciones que entre sí los moros tenían, daban buena ocasion á los nuestros para mejorar su partido. Los de Toledo, confiados en la fortaleza de su ciudad, y irritados por la severidad y crueldad de los reyes de Córdoba, de nuevo tomaron las armas. Las pretensiones del pueblo son vanas cuando no son enderezadas por la prudencia y valor de algun buen capitán. Por esto Mahomad Abenlope, que debió



ser nieto de Muza, con nombre de rey se encargó del gobierno. La guerra fué de mayor ruido que importancia, á causa que los de Toledo en breve fueron sujetados por el rey de Córdoba. Abenlope y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del rey D. Alonso; él, por entender serian de provecho para la guerra de los moros, los amparó y les hizo muchas caricias. Luégo, despues desto, ayudado así destos como de franceses, navarros y vizcainos, entró por las tierras de los moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas por todas partes; con que sin hacer otro efecto, despidió y deshizo el ejército, rico y cargado de los despojos moriscos.

El año siguiente, que se contaba ochocientos setenta y cuatro, los de Toledo, con deseo á lo que se puede creer, de agrandar á los reyes de Córdoba, entraron por tierra de cristianos sin parar hasta el rio Duero. Sobrevino el rey al improviso cerca de un pueblo llamado Pulverania, por do pasa el rio Urbico, ahora Orvigo. En aquella parte dió tal carga sobre los enemigos, que degolló hasta doce mil dellos, y poco despues desbarató otro ejército de cordobeses, que venia en pos de los primeros. La matanza que hizo fué mayor, ca perecieron todos, fuera de diez que hallaron vivos entre los cuerpos muertos. Seguianse con la fuerza del ejército morisco Almundar, hijo del rey de Córdoba, y con él Ibengunimo, capitan de gran nombre. Estos, avisados de la matanza de los suyos, se recelaron de llegar á Sublancia, pueblo en que el rey estaba, y de noche más que de paso dieron la vuelta á grandes jornadas. Sin embargo, se trató de concierto por medio de Abuhalit, que en las guerras pasadas fué preso por los nuestros en Galicia, y con rehenes que dió le soltaron; por donde tenía afición á los cristianos. Negoció tan bien, que por su medio se concertaron treguas de tres años, en el cual tiempo hubo sosiego; y despues de pasado, D. Alonso con sus gentes que juntó, entró por tierra de moros, y pasado Tajo, llegó hasta Mérida con grandes muertes y robos que hizo por todás partes. Desde allí, sin que ningun ejército de moros saliese contra él, dió vuelta, alegre por los muchos despojos que llevaba.

En todas estas guerras se señaló sobre todos el esfuerzo y valor de Bernardo del Carpio, que fué causa que la cristiandad en la edad del rey, que no era mucha, no recibiese algun daño. Concluidas, pues, tantas cosas, como hubiese acompañado al rey hasta Oviedo, tornó de nuevo á hacer instancia sobre la libertad de su padre; que debia bastar prision de tantos años, y era justo que el rey se inclinase á su peticion, si no por la miseria tan larga y mal tratamiento de aquel desventurado viejo, á lo ménos perdonase la culpa del padre por los servicios del hijo; que si ni el respeto del deudo, ni sus leales servicios le movian, por demas esperaria mayores mercedes de quien no hacia caso de sus ruegos y lágrimas en demanda tan justificada. Parecia á los más que Bernardo tenía razon; pero prevaleció, segun yo pienso, el parecer de los contrarios, que decian ser conveniente á la dignidad del rey vengar la afrenta hecha contra la majestad, y no mudar la sentencia de los antecesores por respeto de ningun particular. Alteróse con esta respuesta Bernardo, salióse de la córte con grande acompañamiento de muchos que se le armaron. Edificó cuatro leguas de Salamanca, donde ahora está la villa de Alba, el castillo del Carpio, del cual él mismo tomó el apellido; desde este castillo de ordinario hacia cabalgadas en las tierras del rey, robaba, saqueaba y talaba ganados y campos. Por otra parte, los moros á su instancia trabajaban grandemente las tierras de cristianos.

El rey, movido destos daños, hizo junta de grandes en Salamanca, que mudados de parecer acordaron se hiciese lo que Bernardo pedía, á tal empero que primeramente entregase el castillo; no se sabia, á lo que parece, que el padre de Bernardo era ya muerto en la cárcel. Pues como le hubiesen despojado del castillo y no le restituyesen á su padre, despechado se pasó á Francia y Navarra. En aquellas partes, peregrinando de unas tierras á otras, acabó la vida en lloro y tristeza, como dicen muchos. Otros lo contradicen, y persuadidos por un sepulcro que hoy se muestra en Aguilar del Campo con nombre de Bernardo, sienten que sufrió con grande ánimo los reveses de la fortuna, y en



tanto que vivió, sirvió á su rey con el esfuerzo y diligencia que solia. Á la desgracia de Bernardo se siguió otro nuevo desastre, y fué que D. Fruela, no se sabe por qué causa ni por qué agravios, se conjuró de dar la muerte al rey su hermano. Descubrióse el trato, y preso, le privaron de la vista y condenaron á cárcel perpétua. La misma sentencia, por mandado del rey, se ejecutó en D. Nuño, D. Bermudo y don Odoario, tambien hermanos suyos, porque se juntaron con D. Fruela; castigo cruel, de que resultaron nuevas alteraciones, ca D. Bermudo escapó de la cárcel, y con ayuda de su parcialidad se apoderó de Astorga, y en ella se fortificó por algun tiempo, sin reparar hasta venir á las manos con el mismo rey que iba en su busca; pero fué vencido, y despues de la rota se huyó á tierra de moros. El rey D. Alonso por esto tomó ocasion para hacer mayores estragos en las tierras enemigas, en especial fué tan molesto á los de tierra de Toledo, que pasados algunos años, por gran suma de dinero que dieron, compraron del rey treguas de tres años: cosa muy honrosa para los fieles y afrentosa para los bárbaros.

Por este tiempo, Ataulfo, obispo de Compostella, dió fin á su muy larga vida en la soledad donde se retiró. Sucedióle Sisenando, hombre de grandes partes, esclarecido por sus muchas virtudes; en particular persuadió al rey que los deudos de los que acusaron á Ataulfo fuesen, á manera de esclavos, entregados al templo de Santiago, que fué un ejemplo muy nuevo, y áun cruel, castigar á unos por los pecados de otros, si la grandeza de la maldad no excusase en parte la acedia que con ellos usaron. Trasladó el cuerpo del difunto á Compostella, y con nuevas obras y fábricas aumentó aquel edificio de la iglesia de Santiago: demas desto, á su costa fundó en aquella ciudad un monasterio de Benitos, con advocacion de San Martín, y un colegio, que llamó de San Félix, en que los sacerdotes y ministros de Santiago, por su larga vejez exentos y jubilados, habida licencia, fuesen proveidos y sustentados de todo lo necesario. En tiempo deste prelado, la iglesia de Oviedo fué hecha arzobispal. Asimismo el templo de Santiago, que

con grandes pertrechos y gastos estaba acabado, consagraron ciertos obispos que se juntaron en un concilio, con grande solemnidad. No era lícito, conforme á las leyes eclesiásticas, convocar los obispos á concilio si no fuese con licencia del papa. Por esta causa, Severo y Desiderio, presbíteros, despachados sobre el caso á Roma, ganaron del papa Juan VIII un breve, en que hace metropolitana la iglesia de Oviedo, cuyo tenor y palabras son las siguientes:

«Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, á Alonso, rey cristianísimo, y á los venerables obispos y abades y ortodoxos cristianos. »Pues que en el cuidado de toda la cristiandad »la sempiterna Providencia nos hizo sucesores »de Pedro, príncipe de los apóstoles, por la »amonestacion de Nuestro Señor Jesucristo somos apretados, con la cual, con cierta voz de »privilegio amonestó á San Pedro, diciendo: »Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré »mi Iglesia, y á tí te dejaré las llaves del reino »de los cielos, etc. Al mismo otra vez, acercándose el artículo de la gloriosa Pasion de »Nuestro Señor, dijo: Yo rogué por tí para que »no falte tu fe, y tú convertido alguna vez, »confirma á tus hermanos. Por tanto, pues la »fama de vuestra noticia por estos hermanos »que vinieron á visitar los umbrales de los »apóstoles, por Severo y Desiderio, presbíteros, »á nosotros, con maravilloso olor de bondad, »nos es manifestada; con amonestacion fraterna »os exhorto que con la gracia de Dios por guía, »persevereis en buenas obras para que la abundante bendicion de San Pedro, nuestro protector, y la nuestra os ampare. Y todas las »veces, hijos carísimos, que quisiere alguno de »vos venir ó enviar á nos con toda alegría de »corazon y gozo espiritual de las últimas partes de Galicia, de la cual Dios, fuera de »mí, os hizo rectores, como legítimos hijos »nuestros os recibiremos; y á la iglesia de Oviedo, que con vuestro consentimiento y á vuestra instancia hacemos metropolitana, mandamos y concedemos que todos vosotros seáis »sujetos. Asimismo mandamos que todo lo que »á la dicha silla los reyes ú otros cualesquier »fieles justamente han ofrecido, ó para adelante con el ayuda de Dios le dieren, sea estable